

auer estado asalariado en esta dicha villa otras veces...» (M. 69, F. 71; 25-IX); en efecto, por cuentas de propios sabemos que había servido en los años 80, pero ahora no pudo hacerlo de nuevo porque «antes que enpezase a serbir murió», como se dice en una sesión municipal de 1601 (M. 69, F. 152v.; 20-XI).

Por último, en 1601 y 1605 al ofrecer el salario al licenciado Gutiérrez Caballería, forastero también —a lo que se aludió más arriba—, se dice de él la primera vez que «*es onbre de grande çienza y espirenzia*» y la segunda que tiene «*muchas letras y ziençia*».

Así pues, la necesidad —bien porque los médicos fueran inexpertos o viejos o bien quizá porque no hubiera ninguno— obligaba al concejo a traer de fuera *profesionales de experiencia, ciencia y opinión*, tratando de que el servicio fuera el mejor posible. Pero el contrato municipal tenía sin duda otro objetivo, el de atender los pobres, que en aquella época y sobre todo en ciertos años eran muchos.

La atención a los pobres

En otra ocasión (*Cultural Albacete*, mayo 1985) me he ocupado, aunque someramente, del problema de la pobreza en nuestra villa en la segunda mitad del XVI. Los años de 1557 a 1559 —con escasez de trigo, carestía y amenazas de peste— fueron en este sentido muy duros; setenta eran las casas de pobres el primero de estos años para una población de unos 1.000 vecinos; algunos tuvieron que vender hasta las camas y el ayuntamiento tuvo que recoger limosna para ellos en dos ocasiones, como también en las Navidades de 1559 y 1579. En 1566, en cumplimiento de una pragmática real, se censó a los verdaderamente pobres para darles cédulas con las que pudieran pedir. En 1570 se decía que de los 1.500 vecinos de la villa, 1.000 eran pobres. En 1578 y 1580 la presión fiscal hacía decir al concejo que «esta villa y sus vecinos están pobres». Lo dicho es sólo una muestra del problema que era entonces la pobreza.

El inconveniente era grande desde el punto de vista sanitario, pues la enfermedad había de cebarse más en los pobres por su miseria y a la vez la enfermedad les impediría trabajar, condenándolos a la pobreza; los pobres suponían además un peligro de contagio. Por ello, si el ayuntamiento trataba de aliviar su miseria con limosnas, procuraba también que fueran atendidos en sus dolencias. Pero los